



## DISCURSO XII

*Para el cristiano son suyas todas las cosas, porque  
en modo especial pertenece á Jesucristo  
Sacramentado.*

*Se desvanecen los errores socialistas y comunistas.*

*Omnia vestra sunt; Vos autem Christi; Christus autem Dei.*

I. COR., III, 22 y 23.

Todas las cosas son vuestras; mas vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios.

I. Tendencia del humano espíritu ha sido en todo tiempo escuchar á los hombres grandes, admirarles, seguirles y hasta en cierto modo endiosarles. Mas el tino de ese mismo espíritu consiste en acertar sobre esos hombres en cuestión, y no ir más allá de lo que en buena lógica tributárseles debe. En efecto: la carencia de estos principios solidísimos ha conseguido muchas veces que el individuo y la sociedad hayan dado oídos á seres perversos cuyo objeto consistió únicamente en la explotación de los ignorantes ó dormidos, para fines insanos, y les hayan encumbrado á un grado de apoteosis que pasma pensarlos. Los heresiarcas de todos los tiempos son un triste ejemplo de esta realidad.

He ahí por qué el Apóstol, lleno de santo celo, reprende con dureza á los corintios, ya que éstos, juzgando carnalmente, atribuían á ciertos personajes dignísimos prerrogativas que sólo á Dios competen. «Yo ciertamente soy de Pa-

blo... yo de Apolo,» decían aquellos insensatos. «Pues, quién es Apolo y quién es Pablo, arguye el Doctor de las gentes? No son ministros del Altísimo? Nada es el que planta, ni el que riega, sino Dios quien da el crecimiento (1)». Con mayor razón podíamos nosotros censurar á la sociedad contemporánea que, habiendo roto la unidad tradicional católica, se ha fraccionado en incontables sectas político-religiosas, atribuyendo á las entidades que las dirigen honores divinos. En la conciencia pública se halla la realidad de este criminal fraccionamiento que, reconociendo por origen la soberbia, sólo aspira á la independencia general, esclavizando al propio tiempo cuanto encuentra á su paso. Yo ciertamente soy de don Fulano, representante del partido A., yo de don Zutano, presidente del partido B., yo de don Mengano, jefe de la fracción C. Así hablan en general los hombres del día. Pero ¿quiénes son, pregunto, esos señores *semidivinos* para que reconozcáis en ellos honores tan supremos y que atéis á sus ideales y á sus prácticas, no sólo vuestros intereses, vuestra libertad, vuestro honor público y privado, si que también vuestra conciencia? De vía ordinaria no os pide Dios tanto para sí. Á medida que sumáis para dichos señores prerrogativas tantas, restáis al Ser divino los honores supremos debidos á Él solo; y esto, ciertamente es una aberración de las más espantosas en que ha incurrido el mundo. No; no somos, ni debemos ser de don Fulano ó de don Mengano; no somos, ni debemos ser del partido representado por ellos en el sentido que en general se atribuye á este asunto; podemos y debemos apoyar la verdad, la justicia y el orden donde se encuentren, si es que el orden, la justicia y la verdad son absolutos, esto es: cuando no han de lesionar sagrados intereses de particulares ó colectividades, y son además para el bien común. No; no somos de nadie en el sentido expresado. ¿Sabéis de quién somos? Pues somos de Dios; somos de su Hijo Jesucristo, el Hombre Dios; y he aquí probada una vez más la alteza, la gran-

(1) I Cor., III, 4, 5, 7.

diosidad y la independencia del Catolicismo, que reconoce por Jefe absoluto é incondicional á solo Dios, nuestro Creador; y no se arrastra vilmente por el suelo, y no se enrosca astutamente á las entidades personales de valer para chuparles su sangre, como lo ejecutan las sectas y los partidos políticos.

2. Y porque somos de Jesucristo, he ahí por qué en la acción social debe el católico atenerse exclusivamente á las enseñanzas de la Iglesia, cuyos órganos son el Papa y los obispos, prefiriendo arrostrar cualesquier males antes que separarse de ellas. Yo bien se que en la defensa de todo Estado católico interviene un doble elemento, el elemento religioso y el civil; y que ambos tienen el doble derecho y el doble deber de defenderse, ora dentro de su esfera de acción respectiva, ora mutuamente; pero nadie podrá negarme que el elemento civil, al prestar su valioso concurso al elemento religioso debe subordinarse á él, por cuanto que si el Estado es y debe seguir siendo católico, en tanto lo será en cuanto de este elemento reciba influencia y dirección el elemento civil. Obrar de otro modo, puede que dicho Estado fuese otra cosa cualquiera, mas nunca sería Estado católico. Ahora bien: es de fe (1) que en el movimiento católico, en la acción social cristiana, debemos dejarnos regir por el Papa y los obispos, quienes son los fieles transmisores de las órdenes terminantes de Jesucristo. No oírles, no obedecerles, y, lo que sería más fatal aún, separarse de sus dictámenes, sería no sólo cismático, mas también práctica herejía. En la duda de si el Papa y los obispos han decidido sobre un asunto concreto cristiano-social debe consultárseles y atenerse en todo caso á su respuesta. De este modo, las diversas fracciones católico-políticas que, aun cuando en punto al dogma están acordes, no lo están en la elección de medios, vendrían á fundirse en un credo práctico que, como soldados de diferentes compañías, pelearían todos unidos, formando po-

(1) Véase mi Opúsculo: *Los Católicos Españoles*.—Ensayo sobre sus derechos y deberes en las actuales circunstancias.

deroso ejército bajo la inmaculada bandera de Jesucristo.

*Vosotros sois de Cristo*, ha dicho el Apóstol. Sí; el cristiano es de Jesucristo. Éste es su Jefe, su Caudillo y su Rey. ¡Atrás todos esos temerarios que intentan usurpar los honores á Dios, y arrancar al cristiano sus derechos sagrados! Somos de Jesucristo: *Vos autem Christi*; y á medida que somos de Jesucristo nos pertenecen todas las cosas: *Omnia vestra sunt*.—*Mas para el cristiano son tuyas todas las cosas, porque en modo especial pertenece á Cristo Sacramentado*.—He aquí enunciado el tema del presente discurso. Está basado en las hermosas palabras del Apóstol: «Todas las cosas son vuestras; mas vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios». Entremos, pues, en el fondo de este asunto importantísimo.

#### PARTE 1.<sup>a</sup>

3. El curioso naturalista que observa los fenómenos del universo, como el sabio filósofo que investiga sus secretos más recónditos, hallan siempre una armonía tan admirable en todos sus grandes efectos que, anonadados ante su belleza, confiesan el orden supremo que los preside. Es que el Autor de la creación, como único y sapientísimo, creó las causas para que surtiesen debidos efectos; combinó á éstos entre sí para que entre los mismos, no sólo no existiesen dificultades, pero ni rozamientos levísimos, con objeto de que tendiesen al fin superior é inefable que se propusiera. Nosotros observamos que, pasada la noche con sus negros horrores, sigue el día con sus cambiantes de luz y calor, á fin de que los seres adquieran nueva fuerza, vida y belleza; porque si los seres vegetaran en interminable día llegarían sin remedio á agostarse; y he ahí por qué á los calores del día sucede nueva y periódicamente la frescura de la noche que los contrarresta insensiblemente. Renovación grata á la naturaleza, que la desea, porque siente su necesidad. Nosotros observamos, que el cambio de las estaciones, la fuerza de atracción y repulsión de los cuerpos celestes en el espacio, la aparición y desaparición de las estrellas, satéli-

tes y cometas, su movimiento admirable, el eclipse de los astros, el movimiento de la tierra, el flujo y reflujo del mar, la producción natural del suelo, la reproducción de las plantas, se efectúa normal, periódica, matemática y pacíficamente, sin obstáculos, sin rozamientos, bella y maravillosamente; y observamos todavía más: que tanto estos fenómenos, como las revoluciones atmosféricas y sus grandiosos meteoros, que no se manifiestan en el espacio periódica y matemáticamente, tienden á un fin, necesario al universo, hermosísimo, lleno de encantos, para atender á los demás fines secundarios que el Eterno se propusiera al crear el universo. ¡Ah! Todo lo que és ajeno al hombre está fundado en medio del orden más sorprendente.

Dios; el Cristo; los hombres; las cosas creadas. Dios: Padre del Cristo; el Cristo: Padre de los hombres; los hombres: dueños de las cosas creadas. Dios, creando el universo en atención y por causa del Cristo; el Cristo en cuanto Dios, trabajando juntamente con su Padre en la magna empresa de la Creación, en atención y por causa de los hombres; los hombres, esforzándose por explotar esta creación para su bien y regalo; la creación, contribuyendo á los duros afanes del hombre y ofreciendo generosamente sus ricas producciones. ¡Qué orden tan asombroso! He ahí por qué, habiendo sido creado el universo para el hombre, necesariamente el hombre debe ser creado para Jesucristo, como Jesucristo haya sido engendrado misteriosamente para gloria del Altísimo. Y puesto que el universo es del hombre, precisa que el hombre sea de Jesucristo, como Jesucristo es de Dios. La armonía de lo existente entre sí mismo, ni puede ser más real, ni más bella. El hombre reflexivo acata y adora al Ser Supremo, besando su Mano creadora.

4. En efecto; somos de Jesucristo, porque Jesucristo es de Dios. Engendrado y no hecho; consubstancial al Padre: Jesucristo es también Padre de los hombres. Sometidas todas las cosas bajo el rico escabel de sus divinos pies: Jesucristo es nuestro Rey y Señor. Esplendor de la luz eterna y espejo sin mancha: Jesucristo es nuestro modelo. Perforado

en sus puras carnes y acardenalado sin cuento: Jesucristo es nuestro Redentor.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; y así como Dios posee dominio absoluto sobre su Unigénito, el Unigénito posee este mismo dominio sobre nosotros. La extremada obediencia al Padre que Jesucristo mostrara en su Pasión, es la perfecta obediencia que nosotros debemos mostrar á Jesucristo.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; y así como Dios nada efectúa sin la cooperación personal de Jesucristo, así el hombre nada puede hacer en todo orden sin la cooperación del Hombre Dios.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; y así como Dios no quiso salvar al mundo sin que su Hijo Divino se ofreciera á salvarlo, así Jesucristo, después que libró al mundo del pecado y de la muerte eterna, en general no quiere eximir de estos terribles males á los particulares, sin que los hombres nos ofrezcamos á librarles.

Somos de Jesucristo porque Jesucristo es de Dios; todo de Dios, sin género de independenciam, con humildad inefable, así el hombre debe ser todo de Jesucristo.

5. Por esta sola razón todas las cosas están al servicio nuestro. El que engendró á Jesucristo con feliz dependencia de sí, creó también á los hombres para que estuviesen subordinados á su Divino Hijo; y en retribución de la dependencia que con Él tuvieran, determinó que todas las cosas del universo estuviesen sujetas al hombre *ordenadamente*. Sí; ordenadamente; porque, en efecto, si todas las cosas del mundo son nuestras, no lo son como creía Jacobo Rousseau, el cual afirmaba que, habiendo el hombre nacido bueno y pervertido la sociedad, debía ésta ser rehecha y restaurada: en consecuencia, el Estado debía abolir los privilegios y repartir con igualdad la propiedad del suelo; no lo son como quería el abate Mably, quien proponía que el Estado se apoderase de todas las riquezas para distribuir las con igualdad; no lo son como deseaba el conde Saint Simón que, sentando por principio que el trabajo es la única fuente de todo valor y

de toda riqueza, deducía que el trabajador ó el obrero debía ocupar el primer puesto en la sociedad; no lo son en la forma que enseñaba Aman Bazard, á saber: que el Estado debe incautarse de todas las herencias para repartirlas entre los obreros; no lo son como escribía Carlos Fourier, quien soñó que los propietarios podrían juntar sus bienes sin perder su derecho de propiedad, para instalar una industria común, á fin de que cada cual se ocupase en lo que mejor le agradare ó conviniere; no lo son según el ideal de la creación y desarrollo de las asociaciones obreras de producción, independientes y ayudadas por el Estado, como pretendía Lassalle; no lo son, finalmente, según fantasearon tantos apóstoles dementes del socialismo y comunismo antiguo y contemporáneo, ya que todo este bonito edificio en la apariencia, está cimentado sobre el aire.

6. ¿Qué no? ¿Es por ventura evidente que el hombre haya nacido bueno, ante el sinnúmero de bajas pasiones que en todo tiempo le oprimen y arrastran al crimen? ¿Podría la sociedad haber pervertido al hombre, si la sociedad no se resintiese del mismo defecto que el individuo? Luego no en aquélla, sino en el número de particulares anida el mal.—¿Es por ventura evidente que el Estado pueda de derecho abolir todos los privilegios, y distribuir las fincas y las riquezas y las herencias, siendo como son estas herencias y riquezas y fincas y privilegios anteriores al Estado? Si la desigualdad natural es un hecho incontrovertible, ¿cómo puede un advenedizo, como es el Estado, violentar esta desigualdad para amoldarla á un mero capricho, digo, á un imposible?—¿Es por ventura evidente que el trabajo sea la única fuente de la producción y de la riqueza, frente al capital, medio imprescindible para el desarrollo y perfeccionamiento de las mismas y sostenimiento de los obreros?—¿Pueden, por ventura, los propietarios, crear una industria común para que cada cual pueda ejercitarse en una profesión cualquiera, partiendo del odio recíproco entre el obrero y el propietario? ¿Qué autoridad podría sufrir tantos caprichos de los obreros?—¿Pueden siquiera las soñadas aso-

ciaciones de producción, sostenidas y patrocinadas por el Estado, redimir á un pueblo del hambre y de la esclavitud, si no existen vínculos de obediencia, de respeto y amor hacia la entidad que representa al Estado? Todos los cañones armados no serían suficientes para contener á un enjambre de vivientes que disputasen al Estado la ciencia, la prudencia y la autoridad. Luego las cosas de la tierra no son ni pueden ser de todos en el sentido que les dan los socialistas y comunistas de nuestros tiempos.

Hemos discurrido por un momento sin tener en cuenta la Ley divina; los argumentos anteriores puede forjarlos cualquiera algo versado en filosofía y ciencias naturales, que si nos detuviéramos en recalcar la Ley del cielo, veríamos cuán terminante es contra las locuras de los libertarios.

7. No; el Apóstol, al afirmarnos que todas las cosas son de todos, pensó dar al asunto el sentido cristiano que le preside: *Omnia vestra sunt*. Sea X, sea B; sea el rey ó el plebeyo, todos estamos en el mundo para servirnos mutuamente en Jesucristo. *Omnia vestra sunt*. Todas las obras de la naturaleza son nuestras, en cuanto de ellas en general nos servimos para nuestro mantenimiento y decoro; siendo en especial nuestro, aquello que no es de nadie y que hemos ocupado con nuestro trabajo. *Omnia vestra sunt*. La vida es nuestra, si sabemos usar cristianamente de ella; la muerte es nuestra, si terminamos santamente el curso de la vida; la eternidad es nuestra, muriendo en Jesucristo. Esto es ser todo nuestro; lo demás será todo lo que se quiera, menos la hermosa realidad.

#### PARTE 2.<sup>a</sup>

8. Y al llegar á esta segunda parte, dispensándome la digresión anterior, necesaria en unos tiempos como los presentes, debo repetir que si son nuestras todas las cosas, lo son porque somos enteramente de Jesucristo. Aquí entro á considerar al Hijo de Dios en su más bello Misterio del Amor. Son nuestras todas las cosas y nosotros somos de Jesucristo Sacramentado, ya que Jesucristo en el Sacramen-